



OBISPO DE CARTAGENA

BODAS DE PLATA, ORO y DIAMANTE SACERDOTALES
De los sacerdotes de la Diócesis de Cartagena. 9 de mayo del 2022

Sr. Arzobispo, Mons. Francisco Gil Hellín.
Sr. Obispo de Canarias, Mons. José Mazuelos.
Vicarios General y territoriales
Hermanos sacerdotes en bodas de plata, oro y diamante.
Sacerdotes, religiosos, seminaristas.
Queridos familiares y amigos presentes

Hermanos,

Otro año más nos reunimos para celebrar las Bodas de Plata, Oro y Diamante de los sacerdotes diocesanos, siempre con la misma alegría, aunque en nuestro recuerdo están los que nos han dejado en estos años de crisis por la pandemia, pero nos mantenemos con el mismo espíritu de familia, por eso os podemos decir que seguiremos invocando a Dios por vosotros. Le agradezco al Sr. Obispo de Canarias las palabras que nos han servido de meditación esta mañana y que aceptara venir desde tan lejos. Le deseamos lo mejor y que en su vida fluyan los frutos pastorales.

Hermanos sacerdotes, ¡muchas felicidades!, en especial a vosotros, los que habéis cumplido los 25, 50 y 60 años de ministerio. Felicidades por vuestra vida entregada a la causa del Reino de Dios, porque habéis gastado y desgastado vuestra vida, llegando a estas alturas con más o menos heridas a causa de tantas batallas en las que habéis participado como testigos del amor de Dios, con el solo deseo de que al final de vuestra vida podáis oír de la boca de Cristo eso de «venid, benditos de mi Padre...»; por haber cumplido con generosidad y entrega el ministerio que se os ha encomendado, lo que le ha dado el contenido a vuestro apostolado. ¡Estoy seguro que lo que reconocéis como la más bella tarea de vuestra vida ha consistido en anunciar a Cristo de palabra y con el testimonio de la vida! Vuestras palabras. Vuestras acciones, vuestros silencios, vuestros sufrimientos han estado impregnados en el deseo de vivir en Cristo, en ser de Cristo y para dar a Cristo. Cualquier otra cosa, incluidos los éxitos humanos, los aplausos que podéis oír de vez en cuando y las muchas felicitaciones recibidas... son demasiado poca cosa, comparado con el amor y misericordia de Cristo.

Me imagino que en el fondo de vuestro ser estaréis de fiesta al comprobar que no os equivocasteis al decirle al Señor que contara con vosotros para ser pastores, para recibir el encargo de llevar a Cristo a todos, hombres y mujeres, y supisteis desde el primer minuto cual iba a ser vuestra tarea, porque conocíais al que os llamó y lo que os pedía.

Fuisteis llamados para anunciar a Cristo, a la misión, para llevarlo a los demás, para ser portadores del Evangelio, de la luz de Dios que ilumina nuestro camino; llevar a la gente al manantial de agua que salta a la vida eterna, a Cristo, que es Camino, Verdad y Vida. Habéis sido conscientes de que nunca os ha faltado la fuerza, a pesar de las dificultades, de que nunca os habéis callado cuando era preciso iluminar la vida de los hermanos desde la fe y de que habéis recibido la fuerza del Espíritu para hablar, incluso en ambientes adversos, porque fuisteis coherentes y sabíais que los hermanos tienen derecho a oír la Palabra, oír a Dios.

Queridos hermanos sacerdotes, dejad que la Palabra de Dios siga entrando dentro de vuestro ser y os refresque vuestra vida de testigos de Cristo, de la verdad y de la vida, de la salvación que nos regala el Señor, precisamente ahora, después de los 25, 50 o 60 años de vuestro primer sí. Ahora tenéis más razones, más seguridad para decir con san Pablo: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Sabemos que como sacerdotes hay que dejar que Cristo esté dentro de vosotros, que debéis ser capaces de configuraros con Él, a pesar de que os reconozcáis como una vasija de barro, y precisamente por esto, seguir trabajando por ser fieles a la palabra dada al Señor, construir siempre y reconstruir por el camino estrecho que exige la vida interior, manteniendo vivas las cercanías que nos recordaba el Papa: a Dios, al obispo, a los hermanos sacerdotes y al Pueblo de Dios. Vosotros, los que celebráis vuestros aniversarios de ordenación sacerdotal nos estáis diciendo a gritos: ¡No tengáis miedo, que nuestra seguridad está en las fuertes manos de Cristo! Vuestra experiencia os acompaña, vuestra alegría es una garantía que nos anima. Nuestro presbiterio está aquí acompañándoos en este día tan especial. Damos gracias a Dios por cada uno de vosotros, os reconocemos como hermanos y estamos contentos por vuestro ministerio, por medio del cual, como ministros, habéis colaborado con Cristo, prestándole las palabras y las obras y tratando siempre de no vivir separados de Él.

El sábado pasado, el día de la consagración de los seminaristas a la Señora, les decía esto mismo a los veintiún jóvenes seminaristas consagrados, que tuvieran en cuenta que, antes que nada, incluso antes de la llamada de Dios, fueron encaminados a la santidad, que ahí, en el Bautismo, el Señor les señaló la meta. La santidad es el objetivo antes que cualquier otro proyecto, porque si eres santo, todo lo santo te adornará, si eres santo mirarás a los demás con ojos de bondad, trabajarás por ayudar a todos los hermanos, especialmente a los más necesitados, te preocuparás de anunciar a Dios haciendo el bien, nunca el mal... antes que los métodos o el acopio de materiales de tipo pastoral, antes que todo eso está la santidad de vida, esa es nuestra esencia.

El Papa Francisco nos está llamando con urgencia a «permanecer en esta vocación, porque es un regalo de Dios», y nos advierte que «es necesario cultivar la intimidad con Dios, cultivar la oración, la lectio divina, la meditación personal, la acción de gracias después de la Santa Misa, la oración de la Iglesia en el Breviario, el rezo del Rosario a Nuestra Señora Reina de nuestros corazones...». La amistad íntima y estable con el Señor nos permite madurar en el servicio a los demás, nos da fuerza para coger la cruz y coraje para predicar. Lo que el Pueblo de Dios espera de un sacerdote no es que sea experto en cosas del mundo, en técnicas, en informática... o en otras disciplinas, siempre útiles, pero para eso ya hay otros. Lo que espera el Pueblo de Dios de un sacerdote es que sea amigo íntimo de Jesús, que lo conozca bien, que tenga experiencia de Él y que lo ame hasta dar la vida, que viva con un corazón libre y transparente.

Mucho ánimo a todos y cada uno de los que estáis viviendo con gozo este día, porque afortunadamente Dios lleva la iniciativa en salir a nuestro encuentro y hacernos ver la luz de su gracia y de su misericordia, hasta encandilarnos. Dejémonos iluminar por el Señor Resucitado.

Nos encomendamos a la Santísima Virgen María, a la Señora, nos ponemos en las manos de Nuestra Madre y nos entregamos a ella para decirle de todo corazón: ¡Somos tuyos y de nadie más!

Que Dios os bendiga.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena